

La precariedad y la inhibición moral.

De Dostoievski a la picaresca contemporánea.

1. La frontera que se desdibuja.

Hay una pregunta que la literatura y la filosofía han planteado una y otra vez: ¿qué separa a una persona que respeta las normas de una que las transgrede? Dostoievski, Beccaria, Arendt y Camus, cada uno a su manera, exploraron esa frontera. Dostoievski mostró que la culpa es inevitable después del crimen, Beccaria defendió que la certeza y la prontitud de la pena disuaden, Arendt advirtió que la falta de pensamiento crítico puede normalizar lo inaceptable y Camus describió la indiferencia existencial que puede llevar a la transgresión.

Pero ninguno de ellos vivió en una sociedad donde la precariedad laboral, la desigualdad creciente y la exclusión social se han convertido en la norma para una parte cada vez mayor de la población. Y ninguno de ellos pudo prever que la automatización, la inteligencia artificial y la robotización acelerarían ese proceso hasta el punto de hacer desaparecer la clase media que, durante décadas, fue el sostén de la estabilidad social.

La pregunta que este ensayo plantea es: ¿qué ocurre con esa frontera moral cuando la supervivencia está en juego? ¿Qué ocurre cuando el trabajo es precario, la vivienda inalcanzable y el futuro incierto? ¿Qué ocurre cuando la tecnología no solo reemplaza empleos, sino que redefine quién es útil y quién es prescindible?

La hipótesis que exploraremos en este ensayo es la siguiente: la precariedad no convierte a las personas en delincuentes, pero erosiona las barreras morales que separan lo aceptable de lo inaceptable. La primera transgresión no es el resultado de una decisión libre, sino el síntoma de un proceso más profundo de desconexión moral. Y una vez que esa desconexión se instala, la siguiente transgresión requiere menos esfuerzo psicológico.

Este ensayo no es un intento de justificar el delito, sino de comprenderlo. No es una defensa de los delincuentes, sino un análisis de las condiciones que permiten que la transgresión parezca una opción razonable. Y también es una advertencia sobre hacia dónde nos dirigimos si la precariedad y la polarización social siguen avanzando al ritmo actual.

2. Dostoievski y la conciencia moral.

En *Crimen y castigo*, Raskólnikov mata a la vieja prestamista convencido de que está por encima de la moral común. Su crimen es racional, calculado, justificado por una teoría que lo exime de la culpa. Pero el resultado es exactamente el contrario de lo que esperaba. La culpa, la paranoia y el aislamiento lo consumen. La confesión final no es un acto de debilidad, sino de liberación.

La lección de Dostoievski es que la conciencia moral no desaparece, aunque se intente silenciar. El crimen no se vuelve fácil, sino insoportable. La frontera moral no se desdibuja porque el primer crimen facilite los siguientes, sino porque el primer crimen revela la fragilidad de las propias convicciones.

Pero Dostoievski escribió en un contexto muy distinto al nuestro. Raskólnikov era un estudiante pobre, pero no vivía en una sociedad donde la precariedad es estructural. La pregunta que debemos hacernos es: ¿qué ocurre cuando la precariedad no es una excepción, sino la norma? ¿Qué ocurre cuando la transgresión no es un acto excepcional, sino una estrategia de supervivencia que se repite?

En ese contexto, la conciencia moral no desaparece, pero se reconfigura. Los mecanismos de desconexión moral que describió el psicólogo Albert Bandura (difusión de la responsabilidad, deshumanización de la víctima y justificación ideológica) permiten actuar contra los propios principios sin sentir culpa. La precariedad no elimina la culpa, pero la hace más soportable.

3. Beccaria y los límites de la disuasión en contextos de precariedad.

Cesare Beccaria, en su obra *De los delitos y de las penas*, sostenía que la certeza y la prontitud de la pena son más disuasorias que su severidad. También defendía que el medio más seguro para prevenir el delito es la educación. Su teoría presupone un sujeto racional que calcula costes y beneficios antes de delinquir.

Pero ¿qué ocurre cuando la precariedad es tan extrema que el cálculo racional se distorsiona? La racionalidad del delincuente no es irracional, es una racionalidad de supervivencia que opera en un contexto donde las opciones legales son escasas o inexistentes.

La pobreza "per se no es el único elemento precursor de la criminalidad, aunque sí que se pueden establecer ciertas relaciones entre ambas". La relación entre pobreza y delincuencia no es automática, pero existe y se manifiesta a través de factores sociales, jurídicos y económicos.

En España, la desigualdad social se considera "uno de los principales factores de riesgo a la hora de explicar la criminalidad". Cuando la precariedad elimina las alternativas, la disuasión se debilita. El problema no es que la gente no tema la pena, sino que teme más la supervivencia en situaciones en las que la precariedad es extrema.

Y esa precariedad no es un fenómeno estático. La automatización y la IA están acelerando la desaparición de los empleos intermedios, esos que durante décadas sostuvieron a la clase media. Entre 1994 y 2024, la clase media en España se redujo del 58% al 43%.

Según Cáritas, la clase media ha pasado de representar casi el 60% de la población en 2008 al 43% en 2025. El salario más frecuente en España es de 16.520 euros anuales, unos 1.180 euros al mes. Esa es la realidad de una clase media que se desvanece.

4. Arendt y la normalización de lo inaceptable.

Hannah Arendt acuñó el concepto de "banalidad del mal" al observar a Adolf Eichmann, un burócrata que organizó el Holocausto sin odio ni fanatismo, simplemente cumpliendo órdenes. Su mal no era radical, sino mediocre: la incapacidad de pensar críticamente sobre los propios actos.

¿Se puede aplicar esta idea a los delitos contra la propiedad o a la "picaresca" en contextos de precariedad? En parte, sí. Quien roba por necesidad puede no odiar a su víctima, puede simplemente desconectar moralmente su acción de sus consecuencias. Puede pensar "no tengo otra opción", "el sistema me ha empujado a esto" o "todos lo hacen".

Pero Arendt también alertaba de que no todo crimen nace de la falta de pensamiento. Hay crímenes que son conscientes, deliberados e incluso políticos. Y hay crímenes que nacen de la desesperación, no de la banalidad. La precariedad no convierte a la gente en Eichmann, la convierte en alguien que elige entre males como en una encrucijada.

En España, el 92% de los ciudadanos considera que la corrupción está extendida y la percepción de que "todos son iguales" contribuye a la normalización de la transgresión. La precariedad, al erosionar la confianza en las instituciones, facilita que lo inaceptable se vuelva admisible. Y este proceso se agrava cuando la polarización social, impulsada por la desaparición de la clase media, fragmenta el espacio público y debilita los lazos de confianza mutua.

5. Camus y la indiferencia existencial.

El personaje de Camus en *El extranjero*, Meursault, mata sin razón aparente, movido por el sol, el calor y la indiferencia. Su crimen no es pasional ni interesado, es absurdo.

La sociedad lo condena no tanto por el crimen como por su incapacidad para mostrar arrepentimiento. Esta indiferencia existencial tiene paralelismos con la precariedad.

Cuando la vida se vuelve precaria, el futuro es incierto y el trabajo carece de sentido, cualquiera puede instalarse en la indiferencia moral. Si nada importa, ¿por qué no robar? Si el sistema te trata como desechable, ¿por qué no tratarlo a él con la misma moneda?

Pero Camus también muestra que la indiferencia no es una solución, sino una derrota. Meursault acepta su muerte con la misma indiferencia con la que mató. No hay rebelión, solo resignación. Y esa resignación es precisamente lo que la precariedad puede generar, la sensación de que nada vale la pena, de que las normas no tienen sentido, de que la transgresión no importa.

La polarización social, al fragmentar la percepción de la realidad, refuerza esa indiferencia. Cuando cada grupo vive en su propia burbuja informativa, la empatía hacia el otro se debilita. Y cuando la empatía se debilita, la transgresión se vuelve más fácil.

6. Bandura y la desconexión moral.

Albert Bandura, psicólogo social, acuñó el concepto de "desconexión moral" para explicar cómo las personas justifican sus actos dañinos. Los mecanismos de desconexión moral permiten actuar contra los propios principios sin sentir culpa gracias a la evitación de la responsabilidad, la deshumanización de la víctima, la justificación ideológica o la comparación ventajosa.

La precariedad facilita estos mecanismos. Cuando una persona vive en situación de exclusión, el "otro" (la víctima potencial) se vuelve abstracto. El sistema, en su conjunto, se convierte en el responsable. La transgresión se justifica como una respuesta a una injusticia previa.

En España, los estudios muestran que "factores como pobreza, exclusión social, residencia rural o urbana y acceso a la vivienda y empleo condicionan la tasa de criminalidad". La precariedad habitacional, en particular, tiene una relación positiva con hasta cuatro de las seis categorías delictivas analizadas.

7. El acelerador tecnológico. Automatización, polarización y el fin de la clase media.

La automatización, la inteligencia artificial y la robotización no son solo una amenaza para el empleo, son también un acelerador de la precariedad y de la polarización social. Y la precariedad, como hemos visto, es el caldo de cultivo de la desconexión moral.

La clase media, como señala el economista Santiago Niño-Becerra, "nació por una doble necesidad: garantizar una mano de obra estable al sistema y comprar la paz social". Fue un proyecto político consciente, diseñado para estabilizar la sociedad industrial. Su función era proporcionar un horizonte de estabilidad a cambio de lealtad al sistema. Pero ese proyecto ha dejado de ser necesario. La robótica industrial, que comenzó en los años 80, fue el primer golpe. La automatización cognitiva que trae la IA es el segundo y será mucho más profundo. No solo reemplaza manos, sino funciones cognitivas. El resultado es un vaciamiento de la clase media laboral: "Tras la robotización, quedan los empleos muy mal pagados y los muy bien pagados (los directivos). Los trabajos intermedios desaparecen. La pirámide profesional se está aplastando por el medio".

Los datos son contundentes. El estudio de Funcas sobre "Inteligencia artificial y mercado de trabajo en España" proyecta una destrucción bruta de empleo de entre 1,7 y 2,3 millones de puestos entre 2025 y 2035. Los más afectados serán los perfiles de cualificación media y alta en tareas cognitivas estructuradas: técnicos, profesionales científicos, administrativos y personal de apoyo.

Frente a esa destrucción, la IA, según este mismo estudio, también creará nuevos empleos: hasta 1,61 millones en la próxima década, aunque no serán accesibles para todos. Requerirán formación especializada, ampliando la brecha entre trabajadores cualificados y con menor nivel educativo. El resultado neto, en el escenario central, será una pérdida de alrededor de 400.000 empleos.

La digitalización no está asociada a una destrucción neta de empleo, según estos estudios, pero está redefiniendo qué tipo de empleo es estable y qué tipo sigue siendo precario. La IA, en particular, incrementa la desigualdad. En un escenario de crecimiento económico y creación de empleo (+2,4% interanual), el sector de información y comunicaciones registró un tercer trimestre consecutivo de destrucción de puestos de trabajo. La IA ya está provocando despidos.

La desaparición de la clase media no es solo un problema económico. También es un problema de cohesión social. Al perder peso este grupo, se resiente el consumo, se estrecha la base fiscal y aumenta la polarización social. Cinco millones de españoles han roto relaciones familiares y de amistad por motivos políticos, el 14% de la población mayor de edad. La polarización extrema y los mecanismos de desinformación pueden convertir conflictos gestionables en rupturas.

Cuando la clase media desaparece, la sociedad se divide en dos mundos: el de los que tienen acceso a la tecnología, la formación y la estabilidad, y el de los que quedan fuera. Y para los excluidos, la transgresión deja de ser una excepción para convertirse en una estrategia de supervivencia.

8. La picaresca contemporánea. Datos y ejemplos.

En 2025, se registraron en España 1.212.268 infracciones penales en el primer semestre. El 79,8% fueron delitos convencionales. Los delitos contra la propiedad representaron aproximadamente la mitad de las infracciones penales registradas.

Los delitos más frecuentes entre la población adulta condenada fueron los relacionados con la seguridad vial (22,4%), las lesiones (17,3%) y el hurto (16,4%). El hurto fue la infracción contra la propiedad más común en todas las provincias.

Pero hay un dato aún más revelador, la criminalidad no se distribuye de forma homogénea. En distritos con alta desigualdad y baja cohesión social, la densidad delictiva es mucho mayor.

En 2022, Madrid registró 235.000 delitos en un área de 604 km², lo que equivale a 389 delitos por km² (un delito cada 2,2 minutos). Distritos como Centro y Tetuán presentan "alta movilidad poblacional, baja vigilancia efectiva y espacios urbanos con oportunidades delictivas".

Castilla y León lideró el aumento de la criminalidad en 2025 con un +5,8%, seguida de Baleares (+5,6%) y Asturias (+5,4%). La tasa de criminalidad convencional en España se situó en 40,4 delitos por mil habitantes. La percepción de inseguridad aumentó en Madrid hasta el 58% de los residentes, reduciendo la confianza social.

Estos datos no prueban que la precariedad cause delincuencia, pero sí la existencia de una correlación entre desigualdad, exclusión y criminalidad. Y esa correlación es más fuerte conforme la polarización social y la automatización reducen las oportunidades de los excluidos.

9. La trampa de la naturalización.

Cuando la transgresión se vuelve normal, el delito deja de ser una excepción y se convierte en una opción. El peligro es que la precariedad cree una cultura de la transgresión que se perpetúe más allá de la necesidad.

La desconexión moral no es un estado permanente, sino un proceso. La primera transgresión puede ser difícil, la segunda menos y la tercera rutinaria. Cada vez requiere menos esfuerzo psicológico justificar el acto, porque los mecanismos de desconexión ya están activados.

La banalidad del mal de Arendt no es solo una descripción del Holocausto, es una advertencia sobre cómo cualquier sociedad puede normalizar lo inaceptable. Cuando la precariedad se convierte en la norma, lo inaceptable se vuelve aceptable y lo aceptable se vuelve rutinario.

Y la tecnología, en lugar de frenar este proceso, lo acelera. Al reducir la necesidad de mano de obra y aumentar la polarización social, la automatización y la IA crean un escenario donde una parte creciente de la población vive al margen de la economía formal. Para quienes quedan fuera, la transgresión no es una elección, es una consecuencia.

10. Romper el ciclo.

La precariedad erosiona la inhibición moral, pero no es un destino. La educación, el empleo digno, la vivienda y la cohesión social son las verdaderas barreras contra la delincuencia. Como señalan Wilkinson y Pickett en *Desigualdad: Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, "una sociedad desigual es peor para todos". La desigualdad afecta no solo a los pobres, sino a toda la sociedad.

La pregunta no es cómo castigar más, sino cómo prevenir que la frontera se desdibuje. Beccaria ya lo sabía: el medio más seguro para prevenir el delito es la educación. Pero la educación no es suficiente si la precariedad sigue siendo estructural. Y la precariedad, como hemos visto, no es solo un problema de pobreza, sino también un problema de polarización social y de automatización tecnológica.

Romper el ciclo requiere políticas que reduzcan la desigualdad, garanticen el acceso a la vivienda, ofrezcan empleo digno y fortalezcan la cohesión social. También requiere una reflexión sobre cómo gestionar la transición tecnológica para que no genere más exclusión que oportunidades. No es una tarea fácil, pero es la única manera de evitar que la precariedad siga erosionando la inhibición moral.

La literatura y la filosofía nos han mostrado que la frontera entre lo aceptable y lo inaceptable es frágil. La sociología y la criminología nos muestran que esa fragilidad se convierte en ruptura cuando la precariedad se vuelve estructural. La tecnología, en lugar de ser una solución, puede ser un acelerador de esa ruptura si no se gestiona con criterios de justicia social.

La tarea de nuestro tiempo es reconstruir esa frontera, no con más castigos, sino con más oportunidades. Porque, como nos enseñó Dostoievski, la conciencia moral no desaparece, pero puede ser silenciada por la desesperación. Y cuando la desesperación se vuelve colectiva, la frontera se desdibuja para siempre.